

A
FALTA
DE
PAN...

BUENAS
SON
TORTAS



Susana Ramos

Con la crisis económica, la bajada de los sueldos o la supresión de una paga extraordinaria entre otras muchas cosas, surge la necesidad de reinventarse... Esto es lo que hace la autora del artículo para seguir siendo la mejor en su biblioteca. ¿Cómo lo habrá hecho?

Queridos compañeros del metal, del vil metal: dicen que cuanto más alto subes, más dura será la caída. Y así ha sido. Estoy/estamos en crisis. Yo. El país. Todos. Pero sobre todo lo mío, porque además de la crisis económica, padezco la otra, la existencial, aunque mi esposo dice que mi crisis es demencial. Hay que ver... a perro flaco todo son pulgas. Y hay que ver qué poco dura lo bueno. Media vida luchando por un puesto de funcionaria y otra media trabajando por un modesto sueldo, sin una subida que te endulce la vida y la hipoteca... y ahora que estoy “viejuna”, cuando iba a empezar a saborear las bondades de los años, me quitan los canosos (eso sí, las canas sigues peinándolas), las pagas extraordinarias, los moscosos, y hasta las ganas de trabajar. Nos han recortado las partidas presupuestarias, y no se han atrevido con las faldas para que no se diga que vivimos en una sociedad machista. Eso sí, concejales y asesores (ya sean de derechas, de izquierdas, de arriba o de abajo) no sobra ni uno. Al contrario, surgen como los champiñones, y sus sueldos siguen sin sufrir rebajas, que para eso ya estamos los de abajo: el obrero, el trabajador de a pie. Nos bajan el sueldo, nos suben el horario y, encima, tenemos más trabajo. El que tenemos que generar nosotros para levantar el país, y el que nos genera el INEM, con tanto ciudadano en paro, deprimido y sin dinero para tratarse. ¡Hala! ¿Para qué queremos las bibliotecas? ¿Para qué a los bibliotecarios? ¿Y para qué las secciones de economía y psicología? Y yo... presta que te presta, reserva que te reserva, y diciendo “Siguiete, por favor, el psicólogo responde”. Estoy llegando al límite de mis fuerzas y a la conclusión de que los usuarios me están transfiriendo sus problemas. Y presiento, no sé por qué, que se me van a pegar hasta sus manías, sus filias y sus fobias. Aunque dice mi marido que no, que esas cosas no se contagian. Que lo que pasa es que Dios los cría y ellos se juntan. Imagino que se refiere a que soy muy permeable y me solidarizo, ¡hasta me mimetizo!, con la desgracia ajena. Porque no creo que me esté llamando loca y fea, ¿no? No. Definitivamente, no.

Lo que os decía: los problemas nunca vienen solos. A la crisis económica, y a la repercusión de ésta en los usuarios, se suma la mía, la existencial. Años trabajándome el estatus marital, con peluquería, peletería, manicura francesa, modelitos de... bueno de Zara, ¿y qué?... para ser la única, la mejor. Años currándome un prestigio profesional entre mis usuarios, ya sea por bagaje cultural o por bajarse (sin pensar mal, eh)... elegantemente de la escalera, para no ser la jefa pero sí la más guapa y la más simpática... Como para alcanzarlo, tocar la gloria y, de pronto, bajarse hasta los infiernos.

Me niego. He dicho que no a caer en el abandono, a que mi esposo piense que soy una más del montón y que ya no estoy en mercado. Me rebelo a no ser

un ídolo de masas entre mis usuarios, la bibliotecaria con más sex appeal, con más seguidores y la que más envidias despierta. Pero, claro, mantener los estándares y moverme en una horquilla digna con este sueldo de saldo, es casi como pedirle peras al olmo. Así que he tenido que reinventarme, como se dice ahora. No me ha quedado otra que ingeniármelas y tirar de recursos. ¡A Dios gracias, que los tengo! Ahora entiendo aquello de “el pasado siempre vuelve” o “cualquier tiempo pasado fue mejor”. ¡Quién me iba a decir a mí que, ahora, rozando casi los cincuenta, iba a volver yo a las andadas!

Estoy llegando al límite de mis fuerzas y a la conclusión de que los usuarios me están transfiriendo sus problemas. Y presiento, no sé por qué, que se me van a pegar hasta sus manías, sus filias y sus fobias.





Resulta que, con esto de los recortes y de no llegar a fin de mes, todos los funcionarios nos buscamos la vida haciendo trabajillos extras. ¡Ay, si no fuera por la economía sumergida! Mira, sin ir más lejos, mi compañero, al salir de aquí, se pasa las tardes dando clases particulares de latín. No lo estudió nunca pero como es monaguillo, algo sabe, y pronuncia cual nativo, eh. La conserje se dedica a hacer manualidades y venderlas entre los usuarios. Se pasa las tardes de biblioteca con las agujas de lana debajo de los sobacos y arrastrando por el suelo colchas, bufandas, mangas y perneras. Oye, y no le va mal. Vio que la gente ahorra en calefacción y está haciendo su agosto en pleno invierno. Otra que tuvo ojo es la ayudante de Dirección. Se hizo asesora de belleza de Mary Kay. Seguro que la inspiré yo, por fea. Es que, desde los recortes, andaba yo muy abandonada, sin gastar nada en mí. Y eso se nota. Además, como sabe de mis complejos (con mi marido) y aspiraciones (entre los usuarios), porque es seguidora mía, vio el negocio asegurado. Y así ha sido, ha triunfado. Todos los días me encasqueta algo o, mejor dicho, sucumbo ante su belleza y juventud, su catálogo, la psicología que tiene la tía y la verborrea que derrocha (¡menudo piquito tiene!: que si un gloss labial, un rubor para mis mejillas, una sombra para esa caída de ojos (que ahora son de perro pachón), un perfume embriagador (dice que funciona como la flauta de Hamelín, que todos los usuarios me van a seguir los pasos... Aunque no sé si es esto lo que realmente quiero... Quizá debería rociarme de insecticida)... En fin, hasta tal punto ha (me ha) facturado, la tía, que la han nombrado coordinadora, de Mary Kay y de la biblioteca. ¡Tócate las narices! Y yo sin ascender y sin ver resultados. Nadie se fija en mí. Ni la Tora (entiéndase como fusión del más alto cargo y el

tamaño y fiereza del animalito), ni los usuarios ni mi esposo. Recuerdo que antes, si alguien me piropeaba, le correspondía con una sonora torta en la cara. Ahora, si alguien lo hace, se me saltan las lágrimas y le pido el número de teléfono, para “guasapear” (de guasa y de whatsapp) los días de bajón. Así que algo tengo que hacer para salir de este círculo vicioso de ganar menos y gastar más. Yo también voy a hacerme empresaria y a defraudar a Hacienda. Porque aquí, entre nosotros y ahora que no nos oyen, nadie cotiza, eh.

Así que, nada, aquí me tenéis, bibliotecaria, “viejuna” y, además, bailona. La decisión está tomada. He decidido desempolvar mis trajes de baile, darle color a mi vida y volver a las andadas.

Os cuento. He pensado en dedicarme a bailar, como tiempo ha. Antes de opositar, y para disgusto de mis padres, eso hacía, “danzateaba” (término propio, acuñado por mí; también me dedico a esto; a ver si mi marido va a ser el único con sillón en la Academia; lo suyo es él con su numerito y yo con una letra, ¡la que sea, que ya estoy harta de los estampados!). Bueno, pues eso, que daba clases, a niños y adultos, de todo aquello que fuera mover el esqueleto: rumbas, sevillanas, jazz, tango, mambo,

samba, conga y hasta la Raspa o la Conga de Jalisco, si era menester. Y, luego, por las noches, me subía a los escenarios y me dejaba los pies sobre las tablas. En fin, que me ganaba la vida sobradamente, trabajando menos, disfrutando más y, para mayor inri, recibiendo un aplauso todos los días. Cosa que en la Administración, y a día de hoy, aún estoy esperando. En fin, quien dice un aplauso dice una palmadita en la espalda, un reconocimiento por parte de tus superiores por el trabajo bien hecho, un azucarillo. Pues nada, oye: cero, negativo, conjunto vacío. Se ve que no debo hacer bien mi trabajo. O quién sabe si es el de arriba el que no lo sabe hacer porque desconoce, entre otros, que la motivación está íntimamente ligada a la productividad (¡Oooleee, torito! ¡Toma verónica, Tora!).

Volviendo a la cuestión “dancing”, mis padres quisieron creer que estaría años luz el “artisteo” del funcionariado. ¡Y no se equivocaron! Con la diferencia de que la vida da muchas vueltas. Y lo que ahora está arriba, mañana está abajo y viceversa. Vamos, que no hay más que ver lo oscura que está ahora la vida, que o no cobras o cobras en negro. Y, al fin y al cabo, sobre un escenario siempre hay luces, y de colorines. A mí me da más vidilla esto.

Así que, nada, aquí me tenéis, bibliotecaria, “vieju-na” y, además, bailona. La decisión está tomada. He decidido desempolvar mis trajes de baile, darle color a mi vida y volver a las andadas. O a las bailadas, para ser más exacta. ¡Todo por la pasta! Bueno, por la pasta y por mantener mi estatus marital, mi prestigio profesional (el ránking de préstamos, de usuarios, etc.) y mi humilde tren de vida.

Mi espeso dice que vale, que retome la docencia. Y que los cuartos que saque, en vez de gastármelos en modelitos para los usuarios, que ni agradecido ni pagado, los destine a hacer alguna visita al psiquiatra (¡Qué egoísta, siempre en beneficio propio!). Pero que ni se me ocurra subirme a un escenario. Que ya no tengo edad ni cuerpo para exhibir (¡Qué tío, siempre con la puntilla!). Pero, oye, ya que me pongo, me tiro a la piscina con todo el equipo... Y considerando que lo hago por recuperar mi, ahora rebajado, sueldo de funcionaria, enseñe a bailar y enseñe lo que



haga falta, hombre. ¡Que sí, mujer, que no estás tan mal y, además, el mundo es de los valientes!

Dicho y hecho: he cogido mi vestido más escueto... pero ¡grrrr! no he conseguido embutir mi cuerpo en él. Estoy frente al espejo. Veo que no me sube de las rodillas. Siento como si éste me hubiera devuelto una sonora torta en la cara, como para tomar conciencia de la cruda realidad, de mis crudas carnes. Y ahora, ¿qué hago?... ¡Ni pan, ni tortas! ¡Sólo lorzas! Y así no levanto cabeza. Ni tampoco el país. Apago las luces (¡hala, a juego todo: negro y oscuro!) y lloro. Pero prometo que esto no se va a quedar así. ▴

Ficha técnica

AUTORA: Ramos, Susana.

FOTOGRAFÍAS: Ramos, Susana.

TÍTULO: A falta de pan... buenas son tortas.

RESUMEN: La motivación hacia el trabajo en la biblioteca ha ido decayendo gracias a la crisis económica. Mantener el nivel o el estatus que se tenía antes cuesta ahora mucho más. En este artículo, y en clave de humor, se explica cómo su autora ha tenido que recurrir a una de sus antiguas habilidades, la danza, para ganar un sobresueldo que le permita mantener ese estatus perdido.

MATERIAS: Bibliotecas / Crisis Económica / Bibliotecarios.